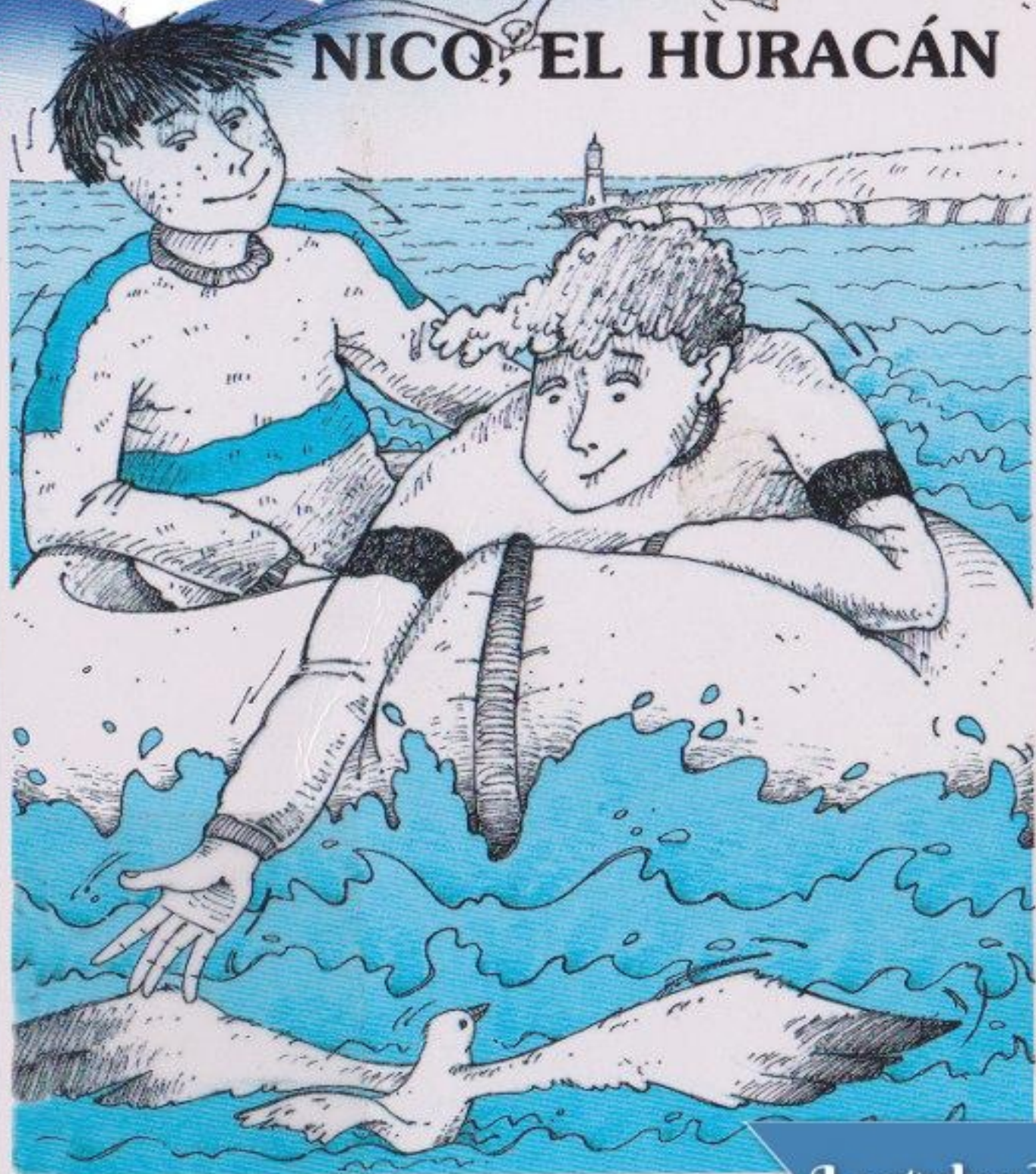


ala delta

José Manuel BRIONES

NICO, EL HURACÁN



Lectulandia

El padre de Nico es marinero y quizá por eso a su hijo le atraen tanto las aventuras. Vive muchas sin salir de su pueblo y además, aunque algunas son un poco peligrosas, al final le espera...

Lectulandia

José Manuel Briones

Nico, el Huracán

Ala delta - 12

ePub r1.0

Titivillus 21.07.16

Título original: *Nico, el Huracán*
José Manuel Briones, 1987
Ilustración: Rafael Carralón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Si encuentra alguna errata en el libro o quiere compartir libros del mismo autor o colección, puede avisar por mensaje privado en la página oficial de EpubLibre para mejorar juntos el proyecto Scriptorium

más libros en lectulandia.com

*A los pequeños guerreros verdes.
A todos los niños que aman y defienden la naturaleza.*

I

NICO pasó como una centella. Su tío Julián, que desde el balcón enfocaba su cámara fotográfica, vio ante el visor la fugaz aparición de su sobrino y su inmediata desaparición.

Quedó un tanto sobrecogido al percibir la endiablada velocidad de Nico que sobre su bicicleta se perdía pedaleando cuesta abajo.

Últimamente, Nico andaba obsesionado con el ciclismo, sobre todo después de haber leído que el polaco Stanislaw Grochowski había superado la marca mundial sobre bicicleta cubriendo de un tirón ochocientos treinta kilómetros en veinticuatro horas.

Parece ser que Nico pretendía batir la marca del polaco y pedaleaba con todas sus fuerzas.

Pepito Batalla, su amigo, cronometraba la vuelta de Nico, con reloj digital en ristre, a la entrada del puerto pesquero, junto a las vendedoras de pescado.

La silueta de Nico comienza a dibujarse en la lejanía, se agranda, se aproxima velozmente. Pepe Batalla espera para pulsar en el reloj la vuelta número ocho de Nico. Pasó como un rayo bordeando los puestos de pescado.

Algunas de las vendedoras, asustadas al paso de aquella exhalación, protestaron.

Los reflejos del sol se apretujaban sobre el agua, haciendo contraluces, entre los barcos pesqueros abarloados.

Nico seguía rodando. El viento de la mar azotaba su rostro al enfilear el paseo marítimo, mientras pensaba que tendría que poner en el cambio de su bici una relación más corta para correr más.

La curva donde terminaba el paseo marítimo era muy pronunciada. Junto a ella, las vendedoras de pescado contemplaban aterrorizadas cómo, una vez más, Nico se les venía encima. Pepito esperaba a punto de pulsar el cronómetro. Desde el balcón, el tío Julián seguía con su cámara, armada de un potente teleobjetivo de quinientos milímetros, la carrera de su sobrino que se aproximaba como un rayo a la difícil curva final.

Algunas vendedoras, asustadas, levantaron las manos en alto cuando Nico empezaba a darse cuenta de que iba a ser muy difícil, a la velocidad que llevaba, tomar aquella endiablada curva.

Se inclinó sobre la bicicleta mordiéndose los labios y apretó ambos frenos con fuerza. En la mirada de los espectadores se presentía la catástrofe.

El frenazo no pudo amortiguar lo suficiente la tremenda velocidad que traía Nico, el cual contempló aterrorizado cómo se abalanzaba sobre los puestos de pescado.

Giró con pericia para evitar el encontronazo, pero la parte trasera de su bicicleta dio contra una caja de sardinas que saltaron por el aire como si fueran pájaros.

Perdido el control, siguió dando encontronazos entre los puestos y las cajas, tirando y desparramando el pescado, junto con los gritos de las vendedoras y la

mirada aterrorizada de Pepito y de su tío que contemplaba el espectáculo a través del visor de su cámara. Finalmente, la bici, al borde del muelle, chocó de frente contra unas cajas y Nico salió por los aires, revoloteó unos instantes y cayó de panza sobre las aguas del puerto.

El marmágnum era impresionante. El tío Julián, que desde el balcón de casa había hecho unos cuantos disparos con su cámara, con la pretensión de inmortalizar fotográficamente la peripecia ciclista de su sobrino, salió disparado hacia el muelle, mientras Pepito Batalla seguía paralizado por la sorpresa.

Nico, a quien empezaban a rodear las gaviotas, nadaba por las grasientas aguas hacia una de las escaleras de hierro, por donde ascendió al muelle y reapareció ileso, pero chorreante y sucio, con los ojos desorbitados por el susto, ante la mirada ávida y curiosa de la concurrencia.

El tío Julián, después de revisar concienzudamente a su sobrino por si hubiera sufrido algún desperfecto, y después de haber comprobado que lo único que tenía Nico era un imponente susto. Se dirigieron a casa, mientras Pepito Batalla se hacía cargo de la despanzurrada bicicleta.



Como otras muchas veces, la entrada de Nico en casa fue espectacular. Hércules, el setter de Nico, le olfateó a larga distancia y comenzó a ladrar. Al traspasar la verja del jardín, se abalanzó sobre su pequeño amo y comenzó a lamerle con inusitado entusiasmo, considerando no sólo su cariño hacia Nico, sino también el olor a pescado que traía encima. Ambos rodaron por el suelo y Nico, que ya venía hecho un desastre, quedó definitivamente hecho un desperdicio.

Mana, la madre de Nico, salió alarmada de la casa. El tío Julián, tranquilizándola, le contaba la incidencia, y Pepito Batalla aparecía con la retorcida bicicleta, mientras Nico y Hércules seguían revolcándose por la hierba.

Cuando Nico se incorporó, su madre quedó contemplándole, aterrorizada. Maloliente, chorreante, desvencijado y secándose los lametones de Hércules, Nico, suplicante, se quedó mirando a su madre que le cogió por el cogote y le llevó directamente al baño.

—Si estuviera tu padre... —murmuraba María.

Pero el padre de Nico, capitán de un mercante, navegaba por otras latitudes.

Hércules, Pepito Batalla y el tío Julián contemplaban las ruedas retorcidas de la bicicleta, mientras del interior del baño salían las protestas de Nico a quien su madre restregaba el cuerpo con un áspero estropajo.

II

NICO atisbó por la puerta entreabierta del cuarto de su tío Julián. No había nadie. Entró con sigilo y se dirigió hacia un armario. Lo abrió despaciosamente y ante sus ojos apareció una espectacular colección de cámaras y objetivos fotográficos.

Nico era muy aficionado a la fotografía, pero no tenía cámara, y, en consecuencia, estaba dispuesto a fotografiar con el equipo de su tío que cuidadosamente fue introduciendo en una bolsa fotográfica.

Quería hacer diapositivas en color, recordando las que su tío hacía y proyectaba sobre una pantalla.

Buscó película, pero no la encontró.

Cuando bajaba las escaleras, sintió un murmullo en el salón. Nico, que pensaba que no había nadie en la casa, entró y descubrió a su hermana y a César, su novio, que dieron un respingo, y, sorprendidos, quedaron contemplándole con cierta desazón en la mirada.



Nico se hizo cargo de la situación y comenzó a pasear por la sala con las manos en los bolsillos.

—¿Por qué no te largas, rico...? —le dijo su hermana.

—Porque estoy en mi casa, ¡porras! —respondió Nico.

—Pero la casa es grande y tiene un precioso jardín —contestó César.

Los reflejos de Nico eran envidiables. Se plantó enfrente de la pareja y les espetó:

—Quiero pasta para diapositivas.

César y Susana se miraron interrogantes.

—¿Para diapositivas? —repitió César un tanto desconcertado, mientras se echaba la mano al bolsillo.

Nico cogió el dinero, lo agradeció muy ceremoniosamente y salió disparado.

Cargado con cámara y equipo caminaba por el muelle. Era una tarde tranquila y luminosa. En la lejanía, algún pesquero regresaba a puerto.

Nico recordaba a su padre que navegaba por otros mares. Deseaba que volviera y estaba ansioso por escuchar las historias de la mar y de los marinos que le contaba.

Nico compró un rollo de diapositivas, cargó la cámara y salió corriendo, con el equipo de su tío al hombro, en busca de su amigo Pepito Batalla, que estaba tumbado sobre la hierba del jardín de su casa, masticando un palo y mirando al cielo.

—¿Nos vamos de caza? —dijo Nico.

Pepe le miró incrédulo.

—¿Y con qué vamos a cazar? —respondió.

—Con esto —dijo Nico abriendo la bolsa de su tío.

Pepito Batalla contempló el contenido y dijo:

—Pero esto es para fotografiar...

—Pues eso —contestó Nico—, en lugar de disparar con un arma, apuntamos a la pieza con la cámara y... ¡zas!, la pieza queda aprisionada en la película... Lo que se llama caza fotográfica. Y además no se mata, sigue viva y nosotros nos quedamos con ella, la conservamos en la película.

—Tienes razón —dijo Pepe—. Pero..., ¿tú sabes manejar esos aparatos?

—Algo. He visto a mi tío Julián... Además, la cámara es automática..., no hay más que enfocar y disparar.

—¿Y todas esas lentes? —preguntó Pepe.

—Son objetivos, desde el gran angular que abarca mucho campo, porque tiene poca distancia focal, hasta los teleobjetivos que acercan la imagen, y que se acoplan a la cámara.

—Lo que sabes, tío —dijo un poco asombrado Pepito Batalla.

—Mi tío Julián —prosiguió Nico— dice que fotografiar es arrebatarse un instante al tiempo.



Pepe quedó un poco pensativo y respondió:

—Claro, cuando se dispara la cámara, todo lo que se fotografía y ocurre en ese momento queda congelado en la película.

—¿Y de dónde has sacado todo ese equipo? —preguntó Pepe.

—Es de mi tío —respondió Nico.

—¿Te lo ha prestado?

—No.

—Pues te la vas a cargar.

Se encaminaron hacia las rocas cercanas, junto al mar, dispuestos a arrebatarse al tiempo todos los instantes que se les pusieran por delante.

Las olas se estrellaban sobre las rocas. Las gotas de agua se expandían alumbradas de múltiples destellos.

Una bandada de gaviotas se aproximaba. Nico dirigió hacia ellas la cámara y esperó a que se acercaran. Disparó cuando ya próximas volaban encima de sus cabezas.

—Déjame a mí ahora —dijo Pepito Batalla.

—Sujeta bien la cámara, que no se mueva —contestó Nico dándole el aparato.

Y Pepe disparó la cámara cuando alguna gaviota cruzaba delante del visor.

El sol caía hacia poniente abriendo un camino luminoso sobre el mar. Un velero cruzaba.

—Mira qué bonito —dijo Nico—, señalando el haz luminoso que en aquel momento atravesaba el barco.

Pepito encuadró, disparó, y la imagen quedó impresionada para siempre.

Obscurecía. Los dos amigos recogieron y guardaron el equipo, disponiéndose a regresar a casa. Estaban contentos. Los dos fotógrafos lo habían pasado bomba cazando imágenes.

III

YA obscurecido, Nico caminaba hacia casa. Al cruzar el puerto, sintió el deseo de fotografiar los reflejos de las luces en el agua, donde espejeaban las siluetas de los barcos. Desistió consciente de que al haber poca luz haría falta mucho tiempo de exposición y un trípode para que la cámara quedara inmóvil.

Al aproximarse a casa, percibió cierto revuelo de gente. A su llegada, Hércules comenzó a ladrar y corrió hacia él.

Cuando Nico entró en la sala seguido de Hércules, todos los presentes se quedaron boquiabiertos. Le miraron en silencio y con la sorpresa en la mirada, contemplando la reluciente bolsa que colgaba de su hombro.



La tía Merceditas, derrumbada en un sillón, murmuraba reproches incomprensibles. Su tío Julián, junto a dos señores desconocidos, le miraba asombrado.

—¿Entonces fuiste tú, percebe? —exclamó con enfado.

—Yo, ¿qué? —preguntó Nico.

—¡El que se llevó la cámara y los objetivos! —gritó su tío.

Su madre y su hermana le miraban enfadadas.

Los inspectores de policía, que durante dos horas habían estado preguntando e investigando, contemplaban a Nico y la reluciente bolsa que colgaba de su hombro.

—Cogí el equipo porque no tengo cámara y me gusta fotografiar... ¡ranas! —dijo Nico enfurruñado.

—Se pide permiso —dijo la madre—. Si tu padre estuviera aquí, ya veríamos...

—Ladrones... creíamos que habían entrado ladrones —suspiraba la tía Mercedes—. Unas horas en la despensa es donde debería de estar después de este susto.

—Primero habría que vaciarla —contestó Susana.

Poco a poco, el ambiente se distendía.

Los inspectores se despidieron después de recibir las disculpas del tío Julián, que había denunciado el aparente robo al llegar a la casa y observar que le faltaban la cámara y los objetivos.

—A este crío hay que escarmentarle, con él no se gana para sustos —dijo Mercedes suspirando una vez más.

La tía Merceditas, que era muy delicada y se asustaba por nada, reñía a Nico con frecuencia y estaba casi siempre malhumorada. Era diabética y le encantaba el dulce que tenía prohibido en su régimen.

El tío Julián, maniático de la fotografía, inspeccionaba el equipo por si Nico hubiera destrozado alguna cosa, pero todo estaba en perfectas condiciones. Observó la cámara, rebobinó la película y dijo:

—Habrás que revelarla a ver qué has hecho.

—Hemos fotografiado gaviotas, y los reflejos del sol en la mar cuando pasaba un barco, y las nubes blancas que parecían enormes volutas de algodón iluminadas por el sol poniente...

Hércules escuchaba a su amo moviendo el rabo con alegría.

—Qué bárbaro, qué lírico se ha vuelto el sobrino fotógrafo —dijo Julián.

Durante la cena, Nico tuvo que oír variadas reprimendas y comentarios referidos a su ligereza y falta de responsabilidad, en especial de la tía Merceditas.

A Nico le tenía un poco harto la tía Merceditas con tanta reprimenda y tanto quejido, pero una sonrisa tenue se dibujó en sus labios mientras Merceditas seguía farfullando reproches.

Algo tramaba Nico.

Después de la cena, y cansado de la retahíla de reproches que había recibido, se dirigió al cuarto de baño y cogió el bote de magnesia. Entró en el cuarto de la tía

Merceditas, abrió el cajón inferior de la mesita de noche, y deslizó en la bacinilla una buena porción de magnesia efervescente. Salió con sigilo y se dirigió a su cuarto.

Por la ventana contempló su bicicleta estropeada, las luces del puerto, y negras nubes que escondían las estrellas. Parecía ser que la noche iba a ser tempestuosa.

Esperó. De vez en cuando reprimía la risa. Sintió pasos, puertas que se cerraban. Nico luchaba contra el sueño, pero se quedó dormido plácidamente iluminado su rostro por una sonrisa de angelito.

En la madrugada, un grito lacerante hendió el silencio. Le sucedieron quejas y exclamaciones... Pasos precipitados retumbaron por la casa.

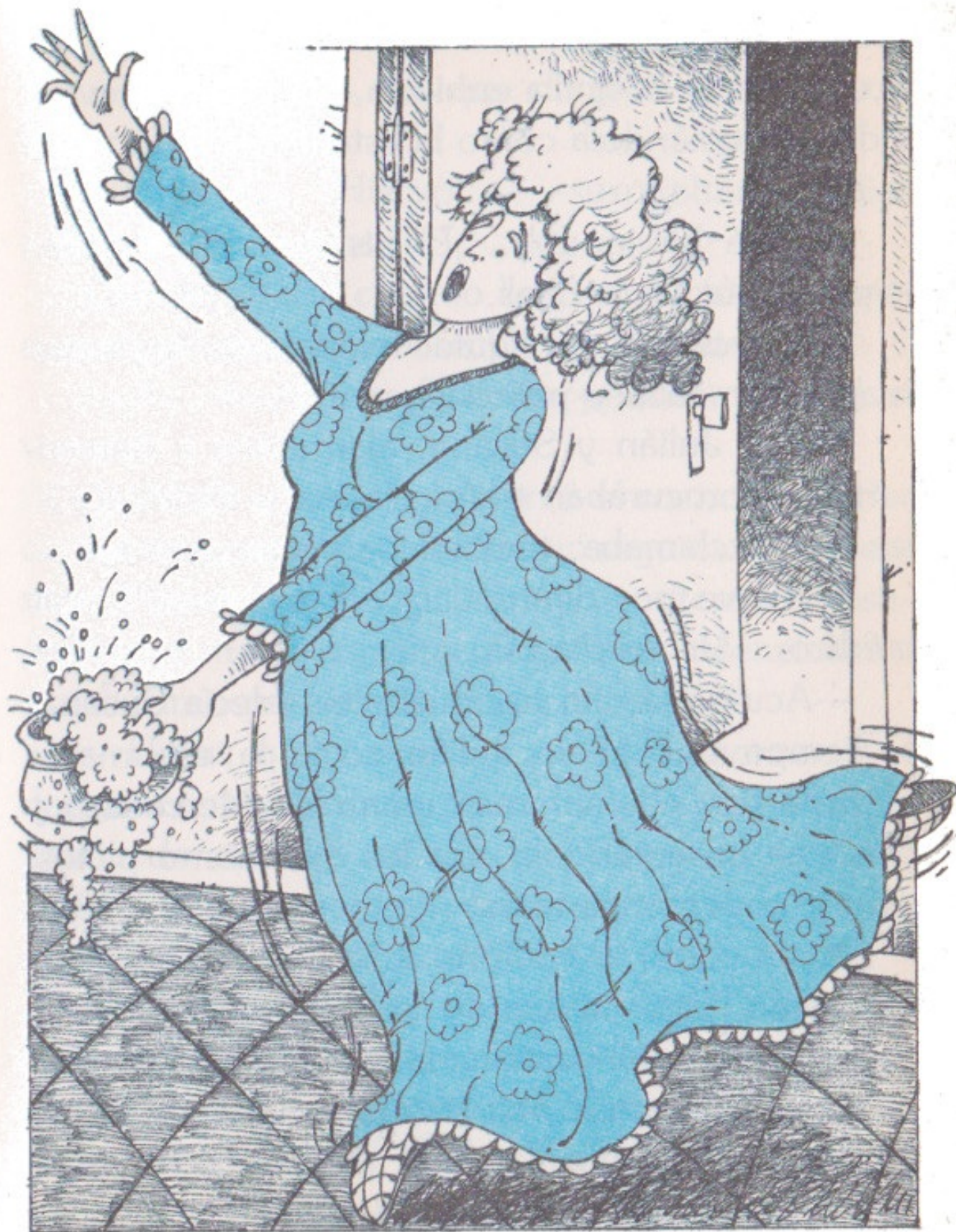
—¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¿Qué me pasa? —gritaba la tía Merceditas desde el interior de su cuarto.

Todos despertaron. El último fue Nico que dormía profundamente, como un ángel sonriente.

Toda la familia estaba alarmada y corría por escaleras y pasillos, mientras la tía Merceditas, arrastrando un largo camisón floreado, salía de su cuarto con la cara horrorizada y una espumante bacinilla en la mano.

—¡Virgen Santa!... ¿Qué es esto?... ¿Qué me ocurre?... —exclamaba Merceditas.

De la bacinilla brotaba una humeante espuma blanca que se deslizaba al suelo por los bordes.



—¡Un médico!... ¡Un médico!... —gritaba con la espumante bacinilla enhiesta en su mano levantada, sosteniéndola como la estatua de la Libertad la antorcha.

—¡Está hirviendo!... ¡El pis está hirviendo!... —proseguía Merceditas.

En efecto, aquel líquido efervescente y espumante humeaba y parecía hervir.

María, Julián y Susana, alarmados y desconcertados, procuraban tranquilizar a la tía Merceditas que exclamaba, temblorosa y estupefacta:

—Hiervo por dentro... ¿Qué me pasa?... Un médico... Un médico.

—Acuéstate, tía, tranquilízate —decía Susana, al tiempo que el tío Julián cogía la espumante bacinilla de la temblorosa mano de Merceditas y quedaba observándola con los ojos como platos, atónito y desconcertado.

María corrió al teléfono a llamar al médico de urgencia. Nico, atisbando por la puerta de su cuarto, rojo y congestionado, se ahogaba de risa.

Con dificultad acostaron a la temblorosa tía Merceditas que lanzaba angustiosos suspiros, mientras Nico, artífice de la obra y preso de un ataque de risa, se revolcaba por el suelo.

—Tranquilízate, tía, que no será nada —decía Susana.

—¡Hiervo!... ¡Hiervo!... —suspiraba angustiosamente Merceditas.

Casi amanecía cuando llegó el doctor que presuroso se aproximó al lecho de la doliente tía.

—¡Ay, doctor!... ¿Qué me pasa?... Estoy hirviendo...

El doctor, perplejo, observó el rostro demudado de la presunta enferma, y seguidamente comenzó a mirar la bacinilla, cuyo contenido, pasadas las primeras espectaculares efervescencias, reposaba transparente en su lecho.

—Habrà que hacer un análisis —comentó el doctor mientras extraía de su maletín un pequeño frasco de cristal—. Cabe la posibilidad —prosiguió— de que quedaran restos de detergente o de algún producto ácido... Veremos...

El doctor, recogida la muestra, se vio negro para auscultar a la suspirante tía Merceditas, que, presa del nerviosismo, seguía invocando a todos los santos, mientras María, Julián y Susana contemplaban absortos la escena.

Cuando el doctor se retiró, después de tranquilizar a la «enferma», la claridad de la mañana atisbaba por los ventanales.

Nico dormía. En sus labios reposaba la sonrisa angelical que siempre acompañaba a su sueño.

En el puerto, los primerizos rayos de sol parecían desperezarse deslizando sus reflejos sobre las amuras de los pesqueros.

IV

OJEROSOS, cansados y con sueño, la madre, la hermana y el tío de Nico se disponían a desayunar.

Nico entró en la cocina, rozagante, y se sentó a la mesa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con carita de inocente.

Le miraron con recelo.

—Que la tía Merceditas está un poco indispuesta —contestó su madre.

El tío Julián observaba con atención el inocente rostro de su sobrino. Algo sospechaba.

A través de la puerta de la cocina se oyó la quejumbrosa voz de la tía.

—María... María... Sube, por favor.

María subió a la habitación donde Merceditas la esperaba con ojos suplicantes.

—No me atrevo a ir sola al baño, María, acompáñame.

Fueron minutos de contenida emoción. Se oyeron pasos, la puerta del baño que se cerraba... Y silencio.

Todos estaban expectantes mientras Merceditas, acompañada de María, se aterraba pensando en otra explosión de efervescencias.

Julián y Susana esperaban con la mirada clavada en el techo, mientras Nico devoraba un bollo y metía la cabeza en un enorme tazón de chocolate. Regresó María.

—Parece que ya pasó y está más tranquila —dijo.

El tío Julián, receloso, seguía contemplando a su sobrino, que después de devorar su segundo bollo empapado de chocolate, salió disparado hacia el jardín, donde, con tristeza, quedó contemplando su arrugada bicicleta. De momento estaba sin vehículo en sus días de vacaciones.

Soltó a Hércules, que esperaba impaciente, y salieron del jardín.

Atravesaron prados y caminos y se dirigieron hacia el bosque de robles. Nico, que amaba la naturaleza, se detuvo en diversas ocasiones a observar el incansable ir y venir de las hormigas. Hacía poco que había leído «La vida de las abejas y las hormigas», de Maeterlink, y contemplaba atento el trabajo de los insectos pensando en su extraordinaria organización.

Después de la lectura del libro había llegado a la conclusión de que los insectos, y en general los animales, estaban mejor organizados que los hombres.

Penetraron en el bosque sintiendo el olor fresco de la vegetación, y corrieron y jugaron en la profundidad de aquella paz vegetal.

Hércules se detuvo y quedó quieto, expectante, con las orejas tensas. Al poco se escuchó un ruido de máquinas. Caminaron más deprisa hasta llegar a una zona en la que Nico pudo ver cómo varias palas excavadoras arremetían contra los árboles.

Los robles, desgajados de la tierra, caían dejando al descubierto las enormes raíces.

Nico sintió dolor y pena. Se enfureció.

Aquellos árboles vivos, que tardaron años en crecer, eran arrancados por alguna razón mercantil.

Hércules comenzó a ladrar como contagiado por la indignación de su amo.

Nico, seguido de Hércules, corrió hacia las excavadoras gritando:

—¿Qué os han hecho los robles? ¿Por qué los matáis?

Se aproximó a uno de los conductores que arremetía con su máquina contra otro roble.

—¿Por qué los arrancáis? ¿Qué estáis haciendo?

El conductor miró sorprendido a Nico y contestó:

—Pregúntaselo a las autoridades...

Nico se aproximó al roble, como queriendo protegerlo, y se interpuso entre él y la máquina. Hércules ladraba.

—¡Quítate de ahí! —gritó el operario.

—No quiero, no podéis matar a los árboles, es un crimen.

El conductor descendió de la máquina, cogió a Nico por un brazo y le apartó del árbol, al tiempo que Hércules se abalanzó sobre él. Rodaron por el suelo.



Al ver la escena, los compañeros del conductor descendieron de sus máquinas, se aproximaron y separaron a los contendientes. Alguno salió mordido y con la ropa despedazada por Hércules que luchaba en defensa de su amo.

Nico, tenso y enfurecido, sujeto por dos hombres, forcejeaba por liberarse, pero no pudo evitar que la pala excavadora desgajara el árbol del seno de la tierra.

—Le tiene que doler. No lo matéis —gritaba Nico.

La máquina arremetió repetidas veces hundiendo la pala en la tierra, hasta que el roble, segando el aire, cayó junto con un quejido de viento que se deslizó entre sus ramas.

* * *

Nico llegó jadeante a casa de su amigo Pepito Batalla y le contó indignado el suceso.

—¿Que están talando el robledal? —preguntó con sorpresa Pepe.

—Los arrancan con grandes palas excavadoras. Da pena verlo, Pepe. Las raíces quedan mirando al cielo, como suplicando... Tenemos que hacer algo...

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Pepe.

—Una manifestación. Y llevar las pancartas por toda la ciudad para que todo el mundo se entere. Es un crimen que destruyen el bosque de robles.

—De acuerdo —contestó Pepito Batalla—. Vamos a avisar a la gente.

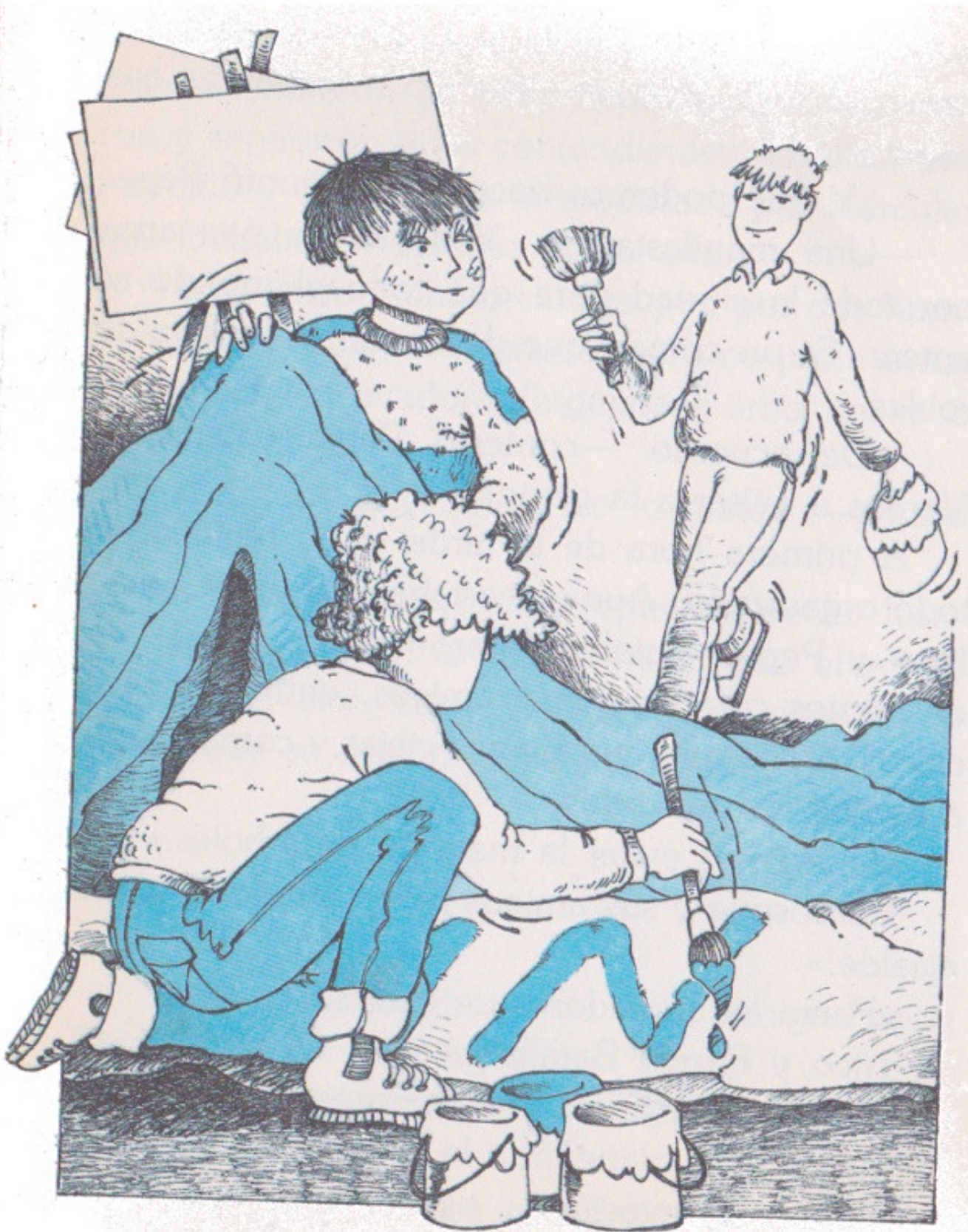
A primera hora de la tarde ya lo tenían casi todo organizado. Aunque estaban en vacaciones, Nico y Pepito Batalla lograron reunir a más de doscientos compañeros y amigos, entre chicos y chicas. Consiguieron sábanas viejas y comenzaron a escribir las pancartas:

«Queremos evitar la matanza de árboles».

«El bosque y sus amigos piden ayuda al señor alcalde».

«Fuera los matadores de robles».

Nico y Pepito Batalla estaban en consejo en un abandonado garaje, con los amigos de la panda del colegio, planeando la estrategia, el itinerario de la manifestación, y pintando las pancartas.



Acababa de llegar el Gordi, que naturalmente era gordo, por lo que se le asignó la pancarta más grande. El Gordi se caracterizaba por su lentitud y, en consecuencia, le propusieron de cabeza de la manifestación para abrir la marcha.

Su pancarta, la más grande, decía:

«El bosque de robles y sus amigos piden ayuda al Ayuntamiento».

Comenzaron a venir las chicas. Nico hinchó el pecho y se estiró un poco, mientras Pepito Batalla hacía algo parecido apretando los puños y poniendo en tensión los músculos, para hacer más ostensibles sus bíceps.

En sus manos sostenían sendas brochas que goteaban pintura negra, con las que escribían las pancartas.

—¿Ya estáis presumiendo con las niñas? —dijo el Gordi lanzando a ambos una mirada despectiva—. A las chicas de ahora les importa un güito los músculos...

Las chicas entraron en tromba, mientras Nico y Pepito Batalla miraban recelosos al Gordi, preguntando a los dos jefes lo ocurrido en el bosque.

Nico y Pepe, con los músculos más relajados, informaron detalladamente a las muchachas y a los compañeros y amigos presentes.

Trabajaron todos en la confección de las pancartas.

A media tarde, la manifestación inició su marcha, encabezada por el Gordi, Nico y Pepito Batalla, que portaban la más grande de las pancartas.

Un gran porcentaje de los componentes de la manifestación iban un tanto deteriorados y manchados de pintura negra. Hasta Hércules, que salió detrás de su amo, llevaba el hocico y las patas pingando de pintura.

Y dos centenares de críos se encaminaron, vociferando, hacia el paseo marítimo, camino del Ayuntamiento.

—«Queremos nuestro bosque».

—«Amamos la naturaleza».

—«Los árboles y las plantas también viven y sienten».

—«Sólo la tierra es la dueña de los árboles y la tierra es de todos».

Las gentes, sorprendidas, contemplaban la marcha de los pequeños manifestantes. En el puerto, los patronos, los marineros y los pescadores comentaban el suceso, viendo aproximarse una legión de críos vociferantes manchados de pintura.



La destrucción del bosque de robles se comentaba entre los ciudadanos que comenzaban a solidarizarse con los manifestantes.

—Se comentaba que una urbanizadora iba a comenzar a construir.

Algo sorprendente sucedía. Nico y Pepe observaron con alegría que el número de manifestantes era cada vez mayor. La gente se unía a ellos, y cuando llegaron a la plaza del Ayuntamiento, la cantidad de ciudadanos que se manifestaban en los mismos términos que ellos era considerable.

Todos protestaban indignados por el destino del bosque.

La policía municipal rodeó a los manifestantes, y los dos inspectores que en su día investigaron en casa de Nico el supuesto robo del equipo fotográfico del tío Julián le reconocieron. Observaron además que era uno de los líderes que más vociferaba, y se quedaron mirándose el uno al otro, como diciendo: «Este crío nos está dando demasiado trabajo»...

Entretanto, la plaza del Ayuntamiento estaba casi llena de gente que reclamaba la conservación del viejo bosque de robles.

Una idea iluminó la mirada de Nico.

Habló con el Gordi y con Pepito Batalla y enseguida se corrió la voz.

Cuando los manifestantes comenzaron a dispersarse, los amigos y compañeros de Nico salieron todos corriendo en dirección al robledal. Caminaron monte arriba hasta sentir el ruido monocorde de las máquinas excavadoras.

Había más robles arrancados de la tierra en la que durante largos años se asentaron.

Los conductores de las máquinas quedaron sorprendidos al ver aquella legión de chicos que se desparramaba por el bosque. Ellos y ellas se interpusieron entre las máquinas y los árboles próximos a ser derribados. Se abrazaron a ellos, protegiéndolos, y permanecieron quietos, esperando.

Desconcertados, los operadores de las palas excavadoras no sabían qué hacer. Hércules, vigilante, ladraba.

Una máquina arremetió contra el árbol custodiado por Pepito Batalla, que inmóvil quedó esperando. Enseguida, Nico y otros compañeros rodearon el viejo roble al que se abrazaba Pepe.

La máquina se detuvo y después de unos instantes de expectación retrocedió.



Poco a poco fueron parando el resto de las máquinas que una tras otra se fueron retirando.

Llegó el silencio.

La luz de la tarde alargaba la sombra de los robles y de sus protectores.

La brisa, llegada de la mar, agitaba las hojas en un murmullo suave y jubiloso.

V

EL tío Julián proyectaba diapositivas. Nico, asombrado, contemplaba la serie fotográfica.

—Ésta la has realizado tú —dijo el tío Julián—. ¡Sapristi!... —exclamó Nico—. ¡Qué bonita! Era un paisaje marino. Y las siguientes, también realizadas por Nico y Pepito Batalla, las gaviotas volando sobre el acantilado, y el velero en contraluz sobre el sendero que el sol trazó en la mar.

—Cuando dispires, tienes que procurar contener la respiración para que la cámara quede completamente quieta; así no te saldrá ninguna foto borrosa —dijo el tío Julián—. Una foto movida es una foto estropeada.

—Pero casi todas están bien, ¿verdad?

Sí, Nico, tienes madera de fotógrafo... Y cuando quieras volver a fotografiar, me lo dices para evitar líos... Por otra parte, mi enhorabuena por proteger y defender el bosque de robles. Se habla de ello en toda la ciudad. Habéis conseguido que los ciudadanos tomen conciencia del problema.

—Gracias, tío.

Descendieron a la planta inferior. La tía Merceditas miró a su sobrino con gesto de reproche:

—¿Y tú haciendo y organizando manifestaciones? —le espetó de repente.

—Están destrozando el robledal, tía, y queremos defenderlo y conservarlo —contestó Nico.

—No discutas con la tía, ya sabes que está delicada —dijo su madre María.

—¿Han enviado el análisis de Merceditas? —preguntó Julián.

—Había algo de magnesia —dijo Susana, pero tenía que estar en la bacinilla, porque es inexplicable que...

Parecía como si Nico se atragantara y comenzó a ponerse colorado. Todos quedaron mirándole.

—¿Qué te ocurre? —interrogó su madre.

Nico se congestionaba cada vez más y comenzaba a ponerse morado.

El tío Julián sonreía maliciosamente, como si intuyera la realidad.

Nico explotó en algo parecido a un gruñido, que era una inmensa carcajada contenida, y salió disparado ante la sorpresa de los presentes.

Por la puerta del jardín entraba César, el novio de su hermana, que dio a Nico unas amistosas palmadas.

Junto a la puerta había dejado aparcada su nueva y reluciente motocicleta. Nico se aproximó y quedó contemplándola con arrobó.

Por la calle se aproximaba Pepito Batalla que venía en busca de Nico. Se sentó junto a él, y ambos, en silencio, quedaron contemplando la flamante máquina y a continuación las retorcidas ruedas de la bicicleta.

Transcurrieron algunos minutos en los que Nico y Pepe pasaban la mirada,

intermitentemente, de la flamante moto a la bici estropeada.

—Mira, Pepe, ésta es la palanca del cambio; apretando hacia abajo con la punta del pie está la primera velocidad, y dando con el tacón hacia arriba, las otras tres velocidades.

—Lo que sabes, tío —contestó Pepe.

—Es una quinientos.

—¿Quinientos qué?

—Quinientos centímetros cúbicos de cilindrada —respondió Nico.

Pepito Batalla estaba suspenso ante la sabiduría mecánica de su amigo que tenía la mirada detenida en las llaves de contacto que César no había guardado.

Nico se quedó mirando a Pepe y le dijo:

—¿Nos damos una vuelta?

Quedaron mirándose, como interrogándose en silencio.

—El embrague es la palanca que está a la derecha, junto al puño del acelerador. Se aprieta, se mete la velocidad y se suelta despacio...

—¿Y dónde has aprendido todo eso? —preguntó Pepe.

—Observando, muchacho —contestó Nico con suficiencia.

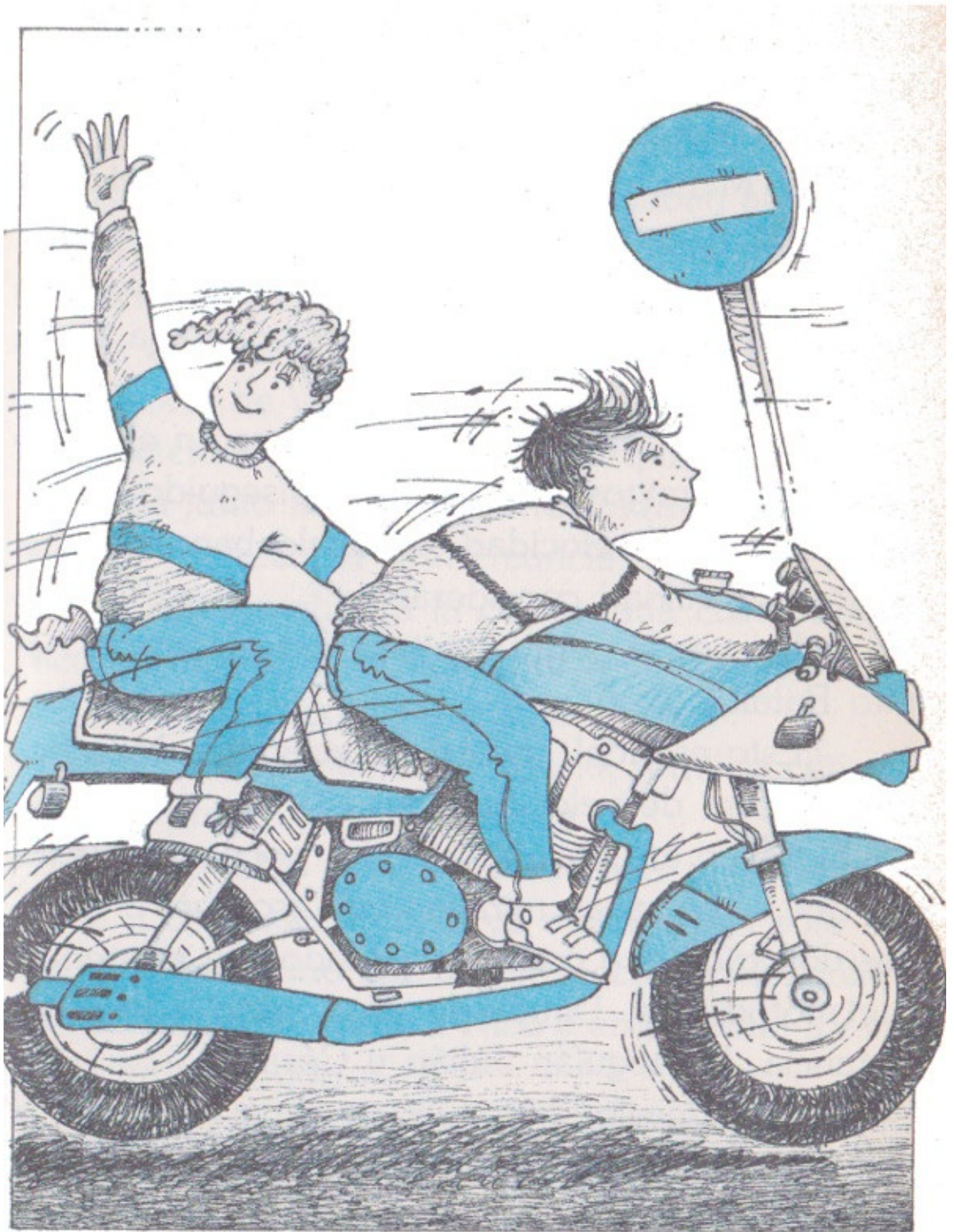
Empujaron ligeramente la moto para quitarla del pie que la sustentaba, y la apoyaron cuidadosamente sobre la verja. Se encaramaron ambos encima de la motocicleta y comprobaron que, aunque con dificultad, Nico llegaba con el pie al cambio de velocidades.

Pepe, sentado en la trasera, empujó sobre la verja para enderezar la moto, mientras Nico se disponía a dar vuelta a la llave de contacto. El motor arrancó y Nico aceleró unas pocas veces en punto muerto. Apretó el embrague, metió con dificultad la velocidad, y salieron pitando, carretera arriba, mientras Pepito Batalla se agarraba a lo que podía, después de haber estado a punto de caer con aquel primer acelerón.

César quedó paralizado al oír el ruido de su moto, salió de la casa, y al ver a aquel par de percebes alejarse carretera arriba sobre su moto recién estrenada, comenzó a gritar como un desesperado.

Ciertamente, César estaba un poco hasta la coronilla del hermanito de su novia y lanzaba exabruptos, mirando al cielo, y pensando alarmado que aquel par de endiablados críos podía darse el gran trompazo.

De la casa salió, alarmada, toda la familia.



El tío Julián maniobró rápidamente con su coche, César subió con él y salieron como rayos tras los dos fugitivos.

La tía Merceditas invocaba a todos los santos, mientras María y Susana, asustadas y nerviosas, no sabían ni qué decir.

—A este chico habría que internarlo en una casa para pequeños locos —se lamentaba la tía Merceditas.

Entretanto, el aire daba con fuerza en el rostro de los dos amigos. Nico había conseguido engranar la tercera velocidad y cabalgaban sobre la moto a velocidad considerable.

—¡Esto es la pera! —gritaba entusiasmado Pepito Batalla.

—¡Esto es vida!, ¡ranas! —exclamaba Nico poniendo cara de velocidad.

El tráfico era escaso, pero los pocos conductores que se cruzaban miraban con asombro a aquellos dos críos que corrían engolados en una enorme motocicleta. Detrás de ellos, pero a bastante distancia, los seguían Julián y César.

En un desvío dieron la vuelta e iniciaron la carrera carretera abajo, hacia el puerto. Enseguida se cruzaron con el coche desde el que Julián y César, imposibilitados en aquel instante de dar la vuelta, les indicaban, gritando, que se detuvieran.

Irrumpieron en el paseo marítimo como un huracán. Los viandantes contemplaban atemorizados a aquellas dos centellas motorizadas y se echaban las manos a la cabeza.

Se aproximaban al puerto pesquero, junto a los puestos de venta de pescado. Las vendedoras reconocieron a Nico y a su compinche, cuando cruzaron junto a ellas, y aterrorizadas comenzaron a gritar y a recoger la mercancía.

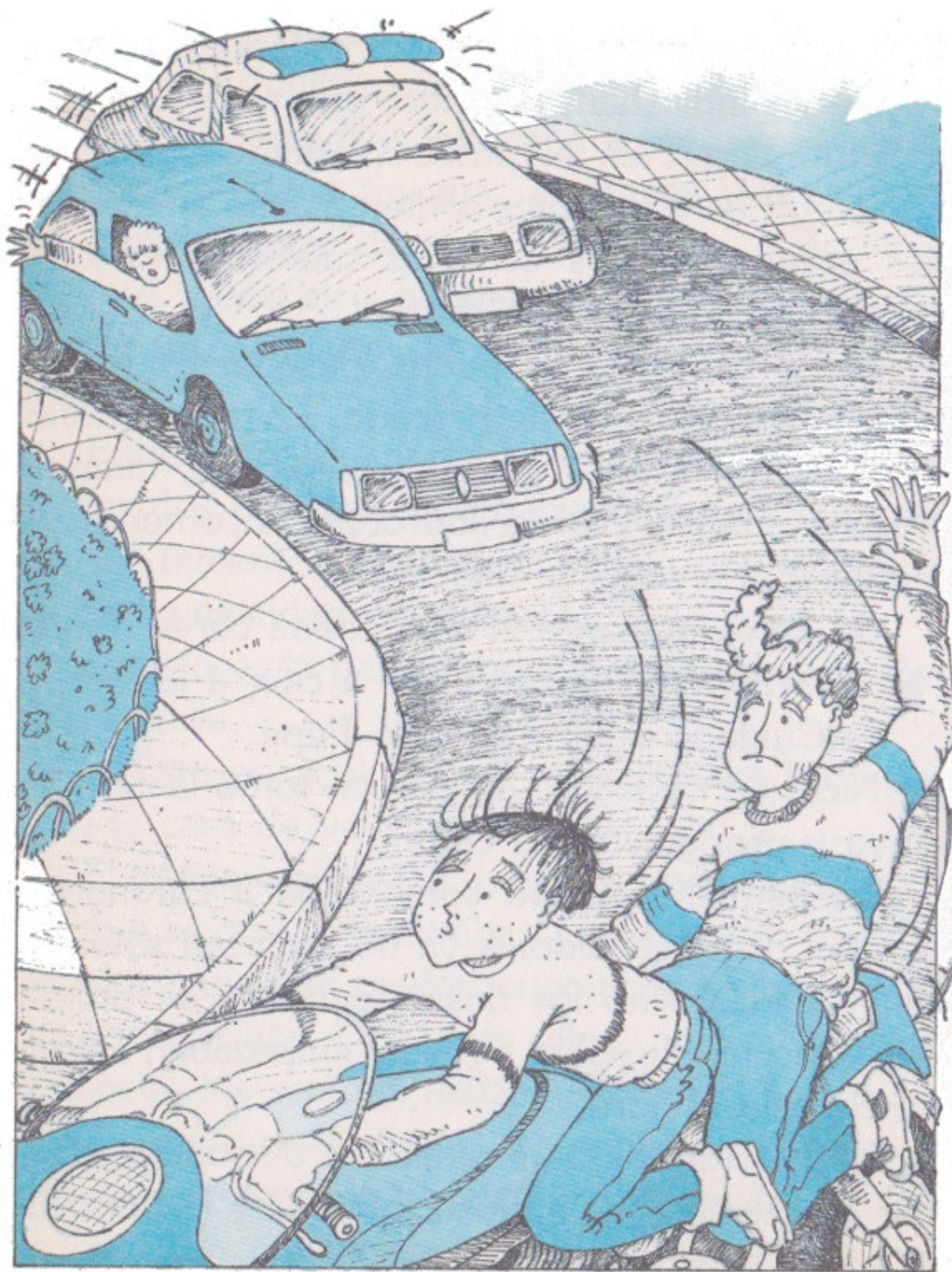
Se aproximaban a la condenada curva donde Nico derrapó con la bici y fue a caer a la mar.

—¡Cuidado aquí! —le gritó Pepe.

Nico, en un alarde de pericia, tomó la cerrada curva y prosiguieron la carrera.

La pequeña ciudad comenzaba a conmocionarse. Los perseguidores ya no eran tan sólo Julián y César, sino los dos inspectores de policía que conocían de sobra a Nico y empezaban a estar de él hasta el gorro.

Los motoristas municipales se disponían a poner en marcha sus motos para iniciar la persecución.



Nico y Pepe, que habían conseguido tomar la peligrosa curva del puerto, iniciaban otra vuelta ante la sorpresa y el temor de los espectadores que los contemplaban despavoridos.

Pero tenían problemas.

—No puedo parar, ¡ranas! —dijo Nico que no llegaba con el pie al pedal del freno.

Al inclinarse en exceso, corrían el peligro de caer y su mano no abarcaba el freno del manillar.

—Vamos a dejarla en casa, Nico, que esto se pone feo —dijo Pepito Batalla después de mirar hacia atrás y ver que eran seguidos por varios automóviles y por los motoristas municipales.

—No puedo frenar, no llego al freno —dijo Nico un tanto apurado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pepe.

—No la puedo parar, lo más que puedo hacer es desacelerar y andar más despacio, hasta que se acabe la gasolina.

—¿Nos tiramos? —dijo Pepe.

—Si nos tiramos, la moto se puede destrozarse —contestó Nico.

Empezaba a obscurecer.

—¿Vamos a estar toda la noche andando en moto? —dijo Pepe.

—Estaremos dando vueltas hasta que se acabe el combustible —respondió Nico un tanto deprimido.

Cuando volvieron a pasar junto a los puestos de pescado, las vendedoras, que gritaban y protestaban, los habían vaciado por completo.

Un guardia de tráfico había interrumpido la circulación. Nico y Pepito Batalla parecían dos importantes personajes escoltados por varios automóviles y motoristas municipales, que una vez más, al ponerse a su altura, les indicaron con violentos ademanes que se detuvieran.

—No puedo, ¡ranas! —gritó Nico.

La conmoción ciudadana era una realidad evidenciada por el caos urbano que se había organizado.

Nico aceleró la máquina y salieron de nuevo a la carretera seguidos por los coches y los motoristas que no encontraban forma de detenerlos.

A unos cuantos kilómetros, y cuando los perseguidores pensaban que iban a ir a parar a la capital del reino, Pepe Batalla señaló una enorme pila de estiércol que había al borde de la carretera.

—¡Ahí! ¡Ahí! —gritó Pepe a Nico.

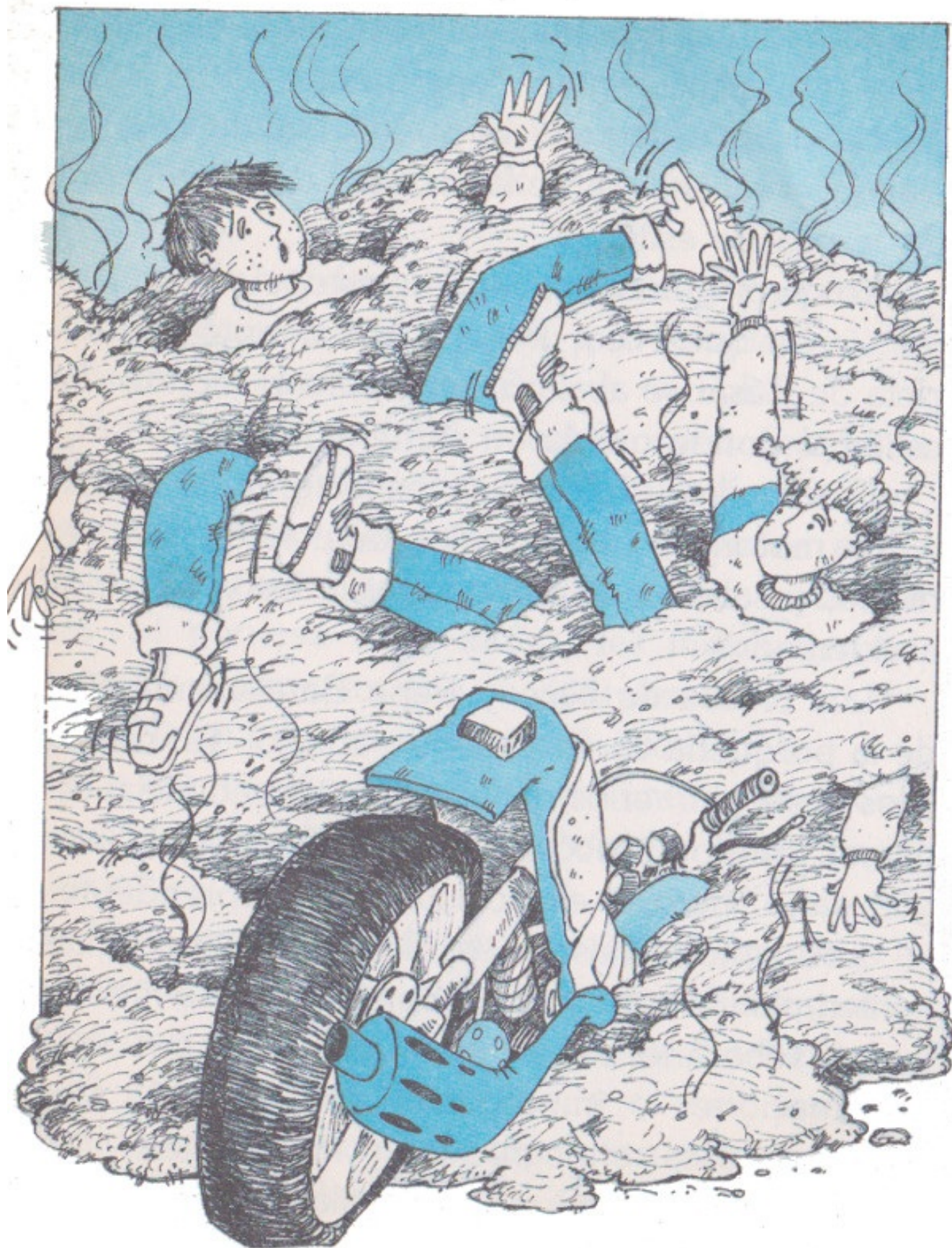
Nico vio enseguida la posibilidad de caer en blando, y saliéndose de la calzada, arremetió contra la pila de estiércol.

Los perseguidores quedaron estupefactos cuando vieron que Nico, Pepe y la flamante motocicleta de César se abalanzaban sobre el montón de estiércol donde quedaron sumergidos.

César, el tío Julián, los inspectores de policía y los motoristas municipales detuvieron sus vehículos y salieron disparados hacia los voluntarios accidentados.

Los brazos de Nico y Pepe Batalla emergían de la porquería como pidiendo auxilio. Tiraron de ellos hasta extraerlos del blando y providencial estiércol. Se comprobó que no habían sufrido ningún daño, pero el espectáculo era sorprendente.

Los automovilistas se detenían expectantes contemplando un cuadro compuesto de gentes sucias rebozándose en porquería, y que entre exclamaciones e improperios arrastraban a dos críos pringosos, ennegrecidos y malolientes.



El rescate de la que fue brillante motocicleta de César era otra odisea. César y los que le ayudaron, irreconocibles por la suciedad, consiguieron extraer la máquina, mientras Nico y Pepe, que sacudiéndose la porquería no conseguían otra cosa que distribuirla mejor, recibían una fenomenal bronca por parte del tío Julián, de los guardias municipales y de los dos inspectores de policía que ya conocían a los dos personajes de memoria.

Cuando llegaron a casa, después de dejar perdida la tapicería del coche del tío Julián, María y Susana quedaron aterrorizadas al ver el impresionante aspecto de salvadores y salvados.

La tía Merceditas, con los brazos tendidos a lo alto, clamaba al cielo.

VI

A Nico y a Pepito Batalla, que tenían algunas pequeñas heridas y magulladuras, les tuvieron que poner la inyección antitetánica.

Cada uno de ellos estaba en su casa, metido en la cama, sufriendo las consecuencias de la aventura motociclista.

Nico se encontraba contento porque sabía que los ciudadanos habían conseguido interrumpir momentáneamente la destrucción del bosque de robles. Se sentía satisfecho, consciente de que de él y de sus compañeros había partido la iniciativa para manifestarse en defensa del robledal.

Nico amaba la naturaleza y sentía malestar y un profundo dolor cuando conocía los atentados que se cometían contra los animales, contra las plantas, contra las aguas que, contaminadas por residuos industriales, perdían su pureza, convirtiendo los ríos en cloacas que destruían la vida de las especies fluviales y marítimas.

Nico no comprendía por qué el hombre, el más inteligente de los animales, afanado en una ambiciosa especulación, destruía su propio entorno.

Sabía que especies como el águila, la ballena y otras muchas estaban al borde de la desaparición. Sabía también que los grandes bosques eran talados y que la gran selva del Amazonas, pulmón del mundo, es paulatinamente devorada.

Había leído que cada año, por la industrialización y la especulación, se convierte en desierto una extensión de tierra equivalente a la mitad de España. Y Nico, como ya lo había demostrado, no quería que el bosque de robles se transformara en un páramo salpicado de cursis chalés veraniegos; o por la triste estructura de una fábrica humeante que contaminara y destruyera el entorno natural.

Nico, enfebrecido todavía por el tratamiento antitetánico, hojeaba su Enciclopedia de la Naturaleza, asombrado por la belleza del mundo animal y vegetal.

A los pies de la cama dormitaba Hércules, que de vez en cuando levantaba una oreja y miraba a su amo.

La familia estaba tranquila porque con Nico encamado parecía que había desaparecido una multiplicidad de problemas.

A Nico, que contemplaba las láminas de la enciclopedia, le gustaba la fotografía, como escandalosamente había demostrado, y ansiaba tener una cámara réflex para objetivos intercambiables, y lanzarse a captar imágenes.

Se levantó y salió de su cuarto. En el pasillo tropezó con la tía Merceditas que, al verle, dio un respingo.

—¡Demonio de crío! —exclamó—. La única forma de estar tranquilos es que estés metido en la cama. ¡Vuelve a tu cuarto!

Nico y Hércules la observaron unos instantes y, dándose la vuelta, se dirigieron a la habitación del tío Julián, al que sorprendieron con la cámara fotográfica acoplada al microscopio contemplando absorto algo que había sobre la platina.

—Acércate, Nico, mira —dijo Julián.

Nico se aproximó y quedó observando.

—¿Qué es? —preguntó—. Parece una gran cordillera de montañas que se pierden en la lejanía.

—Es un trocito de lima para las uñas —contestó sonriendo Julián.

Nico contemplaba sorprendido el pequeño trozo de lima. Julián lo retiró y puso en la platina una pequeña hoja de lechuga sobre la que reposaba un diminuto punto negro. Enfocó cuidadosamente e indicó a Nico que volviera a mirar.

—¡Puagg!... —exclamó Nico con cierto asco—. Parece un cocodrilo. Tiene ojos y patas peludas. Qué feo es, ¡ranas!

—Lo que ves, Nico, es uno de esos bichitos que hay en las hojas de las lechugas y que pasa desapercibido, como nos pasa desapercibido a casi todos ese gran mundo de lo pequeño. Con un simple microscopio puedes descubrir e investigar el gran mundo de lo diminuto, de lo que a simple vista no vemos. Un mundo desconocido de insólitos contornos y extraños colores que nos asombra.

Con un simple microscopio lo puedes descubrir, y con una cámara réflex acoplada, fotografiarlo... ¿No te parece apasionante, Nico?

—Claro que sí, es estupendo —exclamó Nico admirado todavía por lo que había visto.



En aquel instante entró en la habitación la tía Merceditas, furibunda, como casi siempre, y le gritó a Nico:

—¡A la cama enseguida, niño!

—¡Qué niño ni qué ranas! Ya estoy harto de que me llames niño, ¡sapristi!

—¿Qué quiere decir «sapristi»? —preguntó la tía Merceditas dirigiéndose a Julián.

—No sé, es una exclamación que dice mucho Anacleto, Agente Secreto.

—Será alguna barbaridad —dijo la tía Merceditas.

—Pues a ver si la averiguas —contestó Nico.

—¡A la cama enseguida! —gritó Merceditas intentando coger a Nico por el cogote.

Nico se escabulló. Salió corriendo del cuarto seguido de Hércules, se dirigió a la planta inferior y entró en la sala como un huracán, sorprendiendo a César y a su hermana Susana que dieron un respingo y se le quedaron mirando con centellas en los ojos.

—Bueno, pero qué pasa —dijo Nico con su característico gesto inocente.

César, que se había estropeado un traje en la pila de estiércol para sacar su moto, a la que tuvo que limpiar durante horas, miraba a Nico como con ganas de tirarle por la ventana.

—No pasa nada, que nos dejes tranquilos —dijo su hermana.

—Os pasáis la vida metidos en este cuarto...

—¿No os aburrís? —contestó Nico muy modosito, mientras pensaba que podía quedarse con ellos un ratito hasta agotarles la paciencia o sacarles algún dinero para arreglar su bici. Pero puso cara de ángel y salió seguido de Hércules y de los suspiros de alivio de César y Susana.

Entró en la cocina y empezó a buscar algo. Cogió un par de huevos crudos y se dirigió sigilosamente hacia el cuarto de la tía Merceditas. Sobre una silla estaba una de sus batas, chillona y floreada. Nico puso un huevo en cada uno de los bolsillos de la bata y con un par de golpes los espachurró.



Una especie de sonrisa angelical iluminaba su rostro, mientras se dirigía a su cuarto y se metía en la cama.

Comenzó de nuevo a hojear su enciclopedia ante la mirada expectante de Hércules.

Al poco tiempo entró María con una bandeja humeante de comida reciente.

—Da gusto que estés en la cama, hijo, por lo menos hay tranquilidad en la casa.

Mientras Nico se acomodaba para comer, comenzó a oírse una serie de gritos. Hércules empezó a ladrar y María salió corriendo al pasillo donde la tía Merceditas, metida en su bata floreada, lanzaba imprecaciones y exclamaciones de asco. María quedó absorta contemplándola. De sus manos se deslizaban, en oleaginosos goterones, la clara, las cáscaras y la yema de los huevos espachurrados en los bolsillos.

Nico, con una beatífica sonrisa, iniciaba el ataque a una riquísima sopa de pescado.

VII

NICO y Pepito Batalla, ya recuperados, paseaban junto a la orilla del mar. En la playa se veían algunas manchas negras, restos del crudo dejado por algún buque petrolero.

—Como sigan así los mayores, nos van a dejar el mundo hecho una pena —dijo Nico.

—El comandante Cousteau, el oceanógrafo —replicó Pepe—, dice que el Mediterráneo está agonizando y que dentro de pocos años será un basurero sin vida marina.

—Tendríamos que remediarlo, pero nosotros tenemos poca fuerza —dijo Nico.

—Si nos uniéramos todos los niños, ya veríamos —contestó Pepe.

—Si intentáramos unirnos... Pero es muy difícil. Los mayores hablan de solidaridad y no lo consiguen. No se entienden ni entre ellos —dijo Nico.

—Podemos intentarlo, nosotros somos más solidarios y lo hacemos mejor.

—Puede ser. Hemos conseguido que interrumpan la tala del bosque de robles, y eso es importante —contestó Nico.

—Y tan importante. Además, los mayores se unieron a nosotros y nos siguieron —corroboró Pepe.

—Muchos de ellos no tienen otro deseo que ganar dinero y más dinero, ¡ranas!, y arrollan con todo, y convierten los bosques en desiertos, y como sigan así, por comerciar y negociar, lo van a destruir todo. Además parece que no les importamos nada. Se harán viejos y nos dejarán toda su basura —concluyó Nico.

—¡Mira! —exclamó Pepe señalando un punto en el mar.

Nico oteó y dijo:

—Es una bandada de delfines, fíjate en cómo saltan.

—Parece que juegan y que están alegres —respondió Pepe.

—Mi padre, que ha navegado mucho, me contó que son muy inteligentes y que a veces guían a los barcos en dificultades entre los bajos y los arrecifes... Además hablan entre ellos emitiendo una especie de silbidos —dijo Nico.

Los dos amigos quedaron contemplando la bandada de delfines hasta que se perdieron en la lejanía.

Pepito Batalla quedó unos instantes pensativo, miró a Nico, y le dijo:

—¿Y si cogemos la lancha de mi primo?

—¿Qué lancha? —preguntó Nico.

—Mi primo ha venido a pasar las vacaciones y tiene amarrada en el náutico una lancha neumática con un motor de veinticinco caballos.

Nico miró interrogante a su amigo Pepe.

—Tu padre es marino y sé que te ha enseñado muchas cosas de la mar y de la navegación, y sabes del asunto —dijo Pepe.

—También sabes tú que hemos nacido en un puerto, junto a la mar —dijo Nico.

—Algo sé.

—Pues vamos a ver la lancha.

Se encaminaron hacia el club náutico y llegaron al punto de atraque donde se mecía una lancha neumática en cuya popa relucía un flamante motor.

Cuando estuvieron a bordo, observaron el depósito de gasolina. Estaba lleno.

—¿V si viene tu primo a por la lancha? —preguntó Nico.

—Mi primo está, como César con tu hermana, enrollado todo el día con una chica. A su edad siempre están pensando en lo mismo...

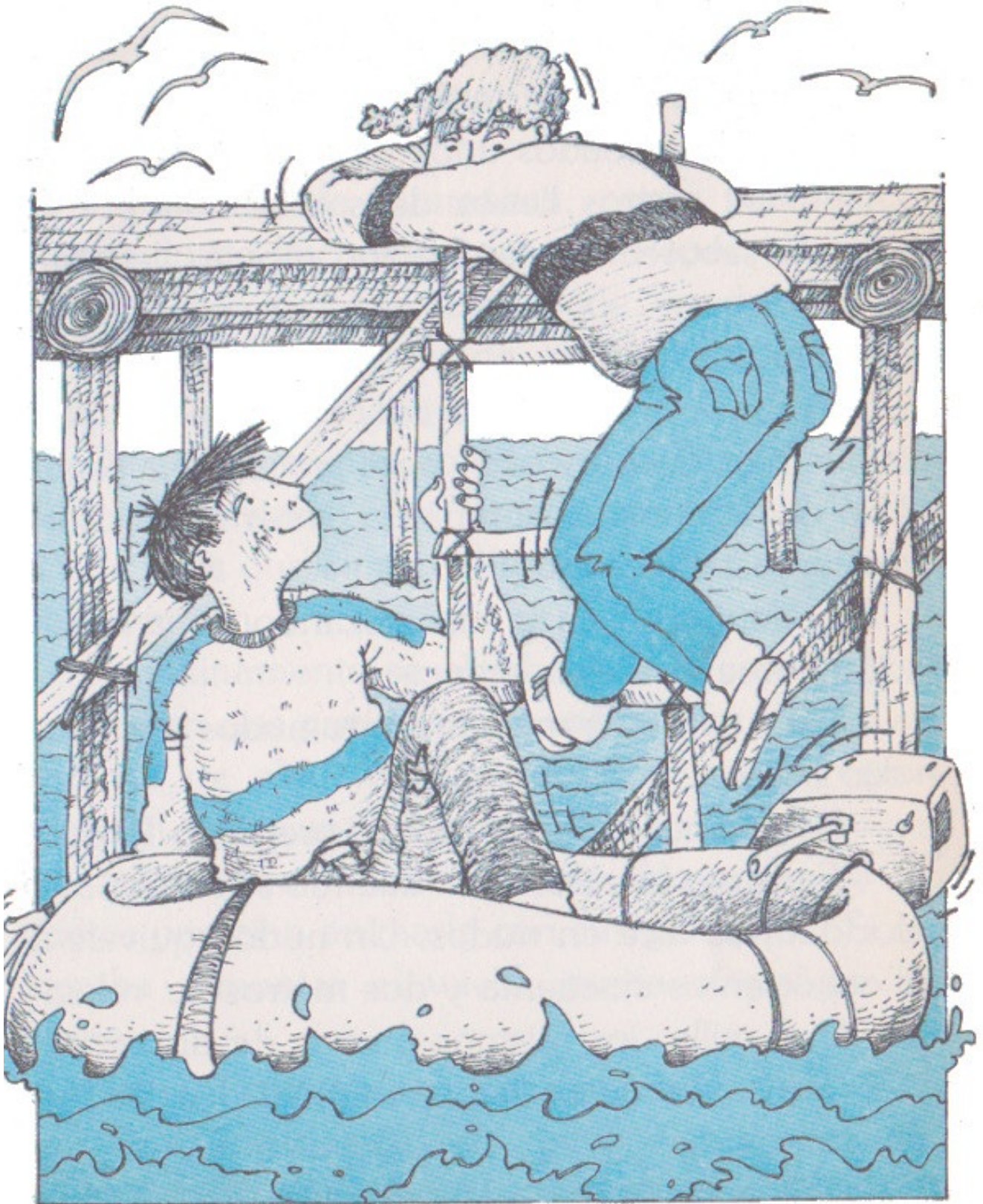
—Ya... —murmuró Nico—. La cosa del amor... Les obsesiona.

Desamarraron la lancha que comenzó a deslizarse sobre el agua.

—Ya sabes, Pepe, que la parte delantera es la proa; la trasera, la popa; mirando a la proa y a la derecha, estribor; y a la izquierda, babor.

—Elemental —contestó Pepe.

Durante unos minutos observaron y estudiaron el motor. Comprobaron el avante, el atrás, el punto muerto. Abrieron la mariposa de la carburación, pegaron el tirón y arrancaron.



Navegaron lentamente hacia el centro de las aguas del puerto en dirección a la barra. Nico, que iba gobernando, aceleró poco a poco hasta que la velocidad adquirida levantó la proa de la embarcación. El oleaje formado movía los barcos atracados o abarloados unos junto a otros.

Con los rostros llenos de satisfacción por el placer de saborear la navegación rápida, llegaron a la barra.

Había marejadilla.

Salieron a la mar. Una ola, pronta a romper, por poco los hace escorar, pero gracias a la seguridad de la lancha neumática salieron airoso, aunque bastante mojados.

Se adentraron en la mar gozando de la navegación sobre el oleaje suave.

—Calculo que iremos a veinte nudos por hora —dijo Nico.

—¿Y cuánto es un nudo? —preguntó Pepe.

—Es como la milla, pero cuando se refiere a la velocidad, se dice en nudos. Un nudo equivale a mil ochocientos cincuenta y dos metros de velocidad. Una milla, los mismos metros de distancia.

—Jo, tío, lo que sabes —comentó Pepito Batalla.

—No es para tanto, muchacho. Y ya sabes que en la mar se va despacio. Un carguero normal lleva una velocidad de ocho a doce nudos, aproximadamente veinte kilómetros por hora.

—Pero con la neumática, como pesa poco, vamos como flechas —comentó Pepe.

El viento revolvía el pelo de los dos amigos que navegaban, llenos de alegría, sobre la mar ondulada por la marejadilla.

De vez en cuando notaban en su derredor como si la mar hirviera. Eran bancos de sardinas. Millares de ellas que subían a la superficie y enseguida desaparecían.

Paulatinamente se alejaban de la costa.

Vieron dos gaviotas que volaban en círculo alrededor de algo. Se aproximaron y observaron sobre el agua una pequeña cría de gaviota que luchaba por remontar el vuelo. No podía, y los padres parecían animarla con sus graznidos. Si no lograba remontar el vuelo, corría el peligro de perecer.

Nico y Pepe se aproximaron con la lancha para recogerla. Las dos gaviotas adultas comenzaron a graznar con más intensidad, temerosas del daño que pudiera sufrir la cría, y se abalanzaron hacia ella para protegerla.



Con dificultades, Nico y Pepe la recogieron con cuidado y la subieron a bordo de la lancha protegiéndola en su interior.

Los padres de la pequeña cría, al ver que era cuidada y protegida, dejaron de graznar y siguieron a la embarcación rodeándola en su vuelo con grandes círculos.

Es sabido de todos los marinos que una cría de gaviota recogida por un barco y cuidada en él jamás olvidará ese barco. Hasta su muerte lo seguirá, navegará con él, volará junto a él, e irá siempre en su busca hasta su arribada a puerto.

Una neblina blanca comenzaba a posarse sobre la mar, mientras Nico y Pepe se ocupaban de la ya confiada pequeña gaviota.

La costa, ya lejana, se difuminaba con la niebla cada vez más densa. Un frío húmedo se deslizaba junto al viento.

VIII

LA mar se inquietaba. La marejadilla pasaba a marejada y de vez en cuando una racha de aire húmedo y frío envolvía a los dos amigos.

Jirones de niebla se deslizaban por la superficie del agua. La costa, ya un poco lejana, no se percibía.

Cuando Nico y Pepe se dispusieron a arrancar el motor, se dieron cuenta de que estaban metidos en un banco de niebla. Aunque la lancha llevaba compás, al salir del puerto se olvidaron de tomar el rumbo y, por tanto, ignoraban su situación.

Se miraron con cierto temor. No podían hacer otra cosa que esperar a que se disipara la niebla.

La claridad del día se difuminaba. El frío húmedo y el oleaje, cada vez más fuerte, los inquietaba.

La lancha carecía de cabina y no tenían dotación para abrigarse. Rachas de agua azotaban sus rostros y el movimiento de la lancha se hacía cada vez más intenso y alarmante.

Escucharon el ruido de un motor. Aquello era peligroso porque con la poca visibilidad podían ser abordados. Para evitarlo comenzaron a gritar.

El ruido era cada vez más próximo y gritaron con más fuerza. Arrancaron el motor para poder gobernar la lancha y sortear la embarcación que podía abordarlos.

A los pocos instantes pudieron ver, emergiendo de la niebla, la proa de un yate de bastante porte. Maniobraron y se pusieron a estribor del barco gritando a los tripulantes. O no los oían o no les hacían caso. Estando tan próximos, era extraño que no fueran vistos ni oídos.

Nico maniobró y se puso a popa del barco que seguía indiferente su rumbo.

Tenían que seguirle, y aunque el yate navegaba con rapidez, la lancha neumática, con su motor de veinticinco caballos, era ligera, rápida y segura, y tenían el depósito de gasolina casi lleno. Pero ¿adónde se dirigía el yate?



La marejada proseguía y navegaban contra la mar por lo que, de vez en cuando, al remontar una ola, sufrían un pantocazo.

Los dos amigos navegaban tras el yate, serenos y seguros, Nico gobernando y Pepe bien sujeto en la proa junto a la pequeña gaviota Jutka.

Rachas de viento y agua los cegaban y empapaban, y aunque el movimiento de la lancha era violento, los dos pequeños marinos no podían permitirse el lujo de marearse.

La niebla comenzó a disiparse y vieron a través de ella un rayo de sol. Cuando se desvaneció, miraron en todas las direcciones sin ver rastro de la costa.

Estaban en alta mar, con marejada a fuerte marejada, y siguiendo a un rápido yate con rumbo desconocido.

Aceleraron hasta conseguir ponerse a estribor del barco, gritando y levantando los brazos. Tenían que verlos y oírlos, pero los tripulantes de aquel yate no les hacían ningún caso. Era extraño. ¿Qué podían hacer? La costa no se divisaba, y al no haber tomado el rumbo al salir de puerto, no sabían hacia dónde navegaban.

¿Por qué no les atendía el patrón del yate?

Al poco tiempo, el yate comenzó a navegar en círculo y por la popa dos individuos indicaron que se apartaran de ellos.

Nico y Pepe gritaron que se habían perdido y les pedían ayuda, pero los dos tripulantes no les atendían y les indicaban amenazadoramente que se apartaran del barco.

—Mira, Nico —dijo Pepe señalando un punto a popa de la lancha.

Hacia ellos se dirigía otra embarcación.

El yate dejó de hacer círculos y, cogiendo su rumbo, comenzó a navegar a toda máquina.

La embarcación que se acercaba por la popa se aproximaba velozmente, mientras Nico, quizá influido por un instante de inspiración, siguió el rumbo del yate que se alejaba.

—Es la patrullera de la Comandancia de Marina —dijo Pepe al distinguirla.

—Seguro que vienen en nuestra busca —contestó Nico que seguía en persecución del yate, acelerando el motor casi a tope.

La patrullera se aproximaba con rapidez.

Llegó a la altura de la lancha. A bordo venía el tío Julián.

Con dificultades por la marejada fueron izados a bordo con la pequeña gaviota Jutka incluida. La lancha fue dispuesta para ser remolcada.

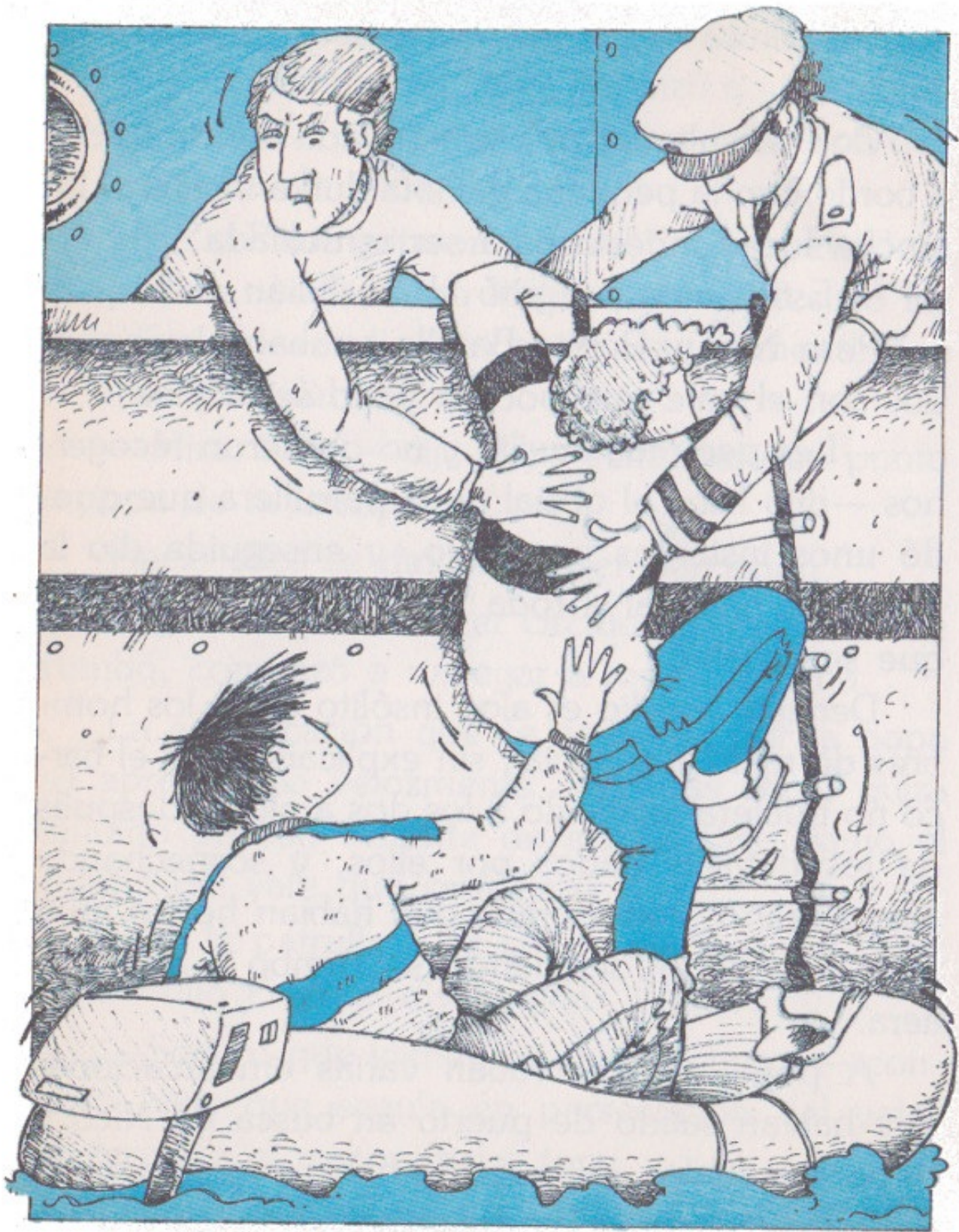
—¡Estáis locos! —gritó el tío Julián.

Pero Nico y Pepito Batalla estaban obsesionados con el yate que poco a poco se alejaba.

—Les pedimos auxilio y no quisieron recogerlos —dijo Nico al oficial de la patrullera que quedó unos instantes pensativo, y enseguida dio la orden de navegar a toda máquina rumbo al yate que se alejaba.

Denegar auxilio es algo insólito entre los hombres de mar, y el oficial, sin explicarse que el barco no hubiera auxiliado a los dos amigos, después de los detalles dados por ellos, y sospechando algo extraño, consideraba que habían hecho muy bien al seguirlo, señalando su rumbo a la patrullera.

A popa se observaban varias embarcaciones que habían salido de puerto en busca de Nico y Pepe, los cuales, después de haber organizado un sorprendente espectáculo motociclista en la ciudad, organizaban ahora un espectacular festival marítimo.



Jutka, la pequeña gaviota, se familiarizaba con la tripulación, que se comunicaba por radio con el puerto, informando de que los dos muchachos habían sido encontrados y de que se navegaba tras un barco sospechoso.

Nico, Pepe y el tío Julián contemplaban expectantes cómo paulatinamente se aproximaban al yate, que a toda máquina pretendía escaparse de sus perseguidores.

Rociones de agua mojaban los rostros de tripulantes y pasajeros. Las olas, de vez en cuando, segaban la cubierta de la patrullera que sobre una mar dura navegaba veloz en persecución del yate cada vez más próximo.

La pareja de gaviotas volaba junto a ellos lanzando algún graznido que era contestado por un leve gruñir de la pequeña cría protegida por sus dos salvadores.

A popa de la patrullera navegaban las embarcaciones deportivas y de pesca que salieron en busca de los dos amigos.

La patrullera dio alcance al yate al que se ordenó que se detuviera. El barco paró máquinas y la patrullera se aproximó, mientras se ponían defensas sobre la borda y se lanzaban cabos.

El oficial y dos tripulantes saltaron al yate, solicitando la presencia de su patrón. Pasó algún tiempo. Todos estaban expectantes. Las embarcaciones que salieron en busca de Nico y Pepe comenzaron a rodear a los dos barcos.

El oficial, después de ordenar al patrón del yate que le siguiera a puerto, saltó a bordo de la patrullera, y dirigiéndose a Nico y Pepe, estrechó la mano de ambos, mientras decía sonriente:

—Enhorabuena, marinos, gracias a vosotros hemos apresado un barco contrabandista y hemos descubierto un importante alijo.

Después de la sorpresa, todos los presentes felicitaron a los pequeños marinos al tiempo que se organizaba un festival en honor de Nico y Pepe que explicaban los incidentes de la singladura.

Cuando tomaron rumbo a puerto, con el yate contrabandista apresado y remolcando la lancha neumática, comenzaba a anochecer. Sobre la mar, más calmada, aparecían las luces de navegación, rojas y verdes, de las embarcaciones.



Ya cercanos al puerto observaron que el muelle estaba lleno de gente, y cuando la patrullera atracaba, pudieron ver a la familia de Nico, a los inspectores de policía, a los guardias municipales y a los padres de Pepito Batalla, que, conocedores de la aventura, los recibían agitando pañuelos.

Hasta la tía Merceditas agitaba en el aire un llamativo pañuelo floreado, y Hércules, inquieto, movía nerviosamente el rabo.

Nico y Pepe, cuyos hombros cogía el oficial de la patrullera, contemplaban emocionados el recibimiento.

Jutka, la pequeña gaviota de cría que correteaba por cubierta, inició el vuelo y se remontó a la altura, planeó unos instantes sobre el puerto, y se posó en la lancha neumática salvadora.

IX

DESPUÉS de la aventura marina, Nico y Pepito Batalla habían llegado a casa con una buena dosis de cansancio y dormían satisfechos después de que, gracias a ellos, se hubiera conseguido la captura del barco contrabandista que les negó el auxilio.

Por la mañana, un guardia municipal llegó a casa de Nico. María y la tía Merceditas se echaron a temblar cuando vieron al agente.

—No se alarmen —dijo—. Vengo a comunicarles que a mediodía Nico deberá estar presente en el parque municipal. Van a comunicarles algo importante a él y a su amigo Pepe Batalla.

—¿De qué se trata? —preguntó la madre.

—Lo siento. Mi misión es tan sólo emplazarlos. No les puedo decir más.

Comunicada la noticia, toda la familia comenzó a prepararse para asistir con Nico a la cita.

Aquella mañana se percibía un cierto revuelo de chicos y chicas en la pequeña ciudad.

En el quiosco del parque se ordenaban las sillas y se ponía en condiciones para la actuación de la banda de música.

Poco antes del mediodía, los ciudadanos comenzaron a llegar al parque. Muchos de ellos llevaban prendidas hojas de roble.

Fueron llegando los componentes de la banda que comenzaron a probar y tantear sus instrumentos.

Pepito Batalla, al igual que Nico, fue notificado por el agente, ante la sorpresa de sus padres.

El parque se llenaba paulatinamente de ciudadanos, casi todos con hojas de roble prendidas de su indumentaria. Llegaron también los chicos y las chicas que protagonizaron la manifestación en favor del robledal, y lo defendieron hasta conseguir paralizar la actividad de las excavadoras.

La banda comenzó a interpretar.

Nico y Pepe, con sus familias, se encaminaban, llenos de curiosidad, hacia el parque. Cuando se aproximaban, comenzaron a oír los compases de la banda. Todos estaban sorprendidos.

—¿Os reciben con música? —preguntó desconcertado el tío Julián.

Nico y Pepito Batalla, un tanto extrañados, se miraron con sorpresa.

Cuando llegaron al parque, fueron recibidos con aplausos y gritos de júbilo.

—¿Qué pasará? —se preguntaron.

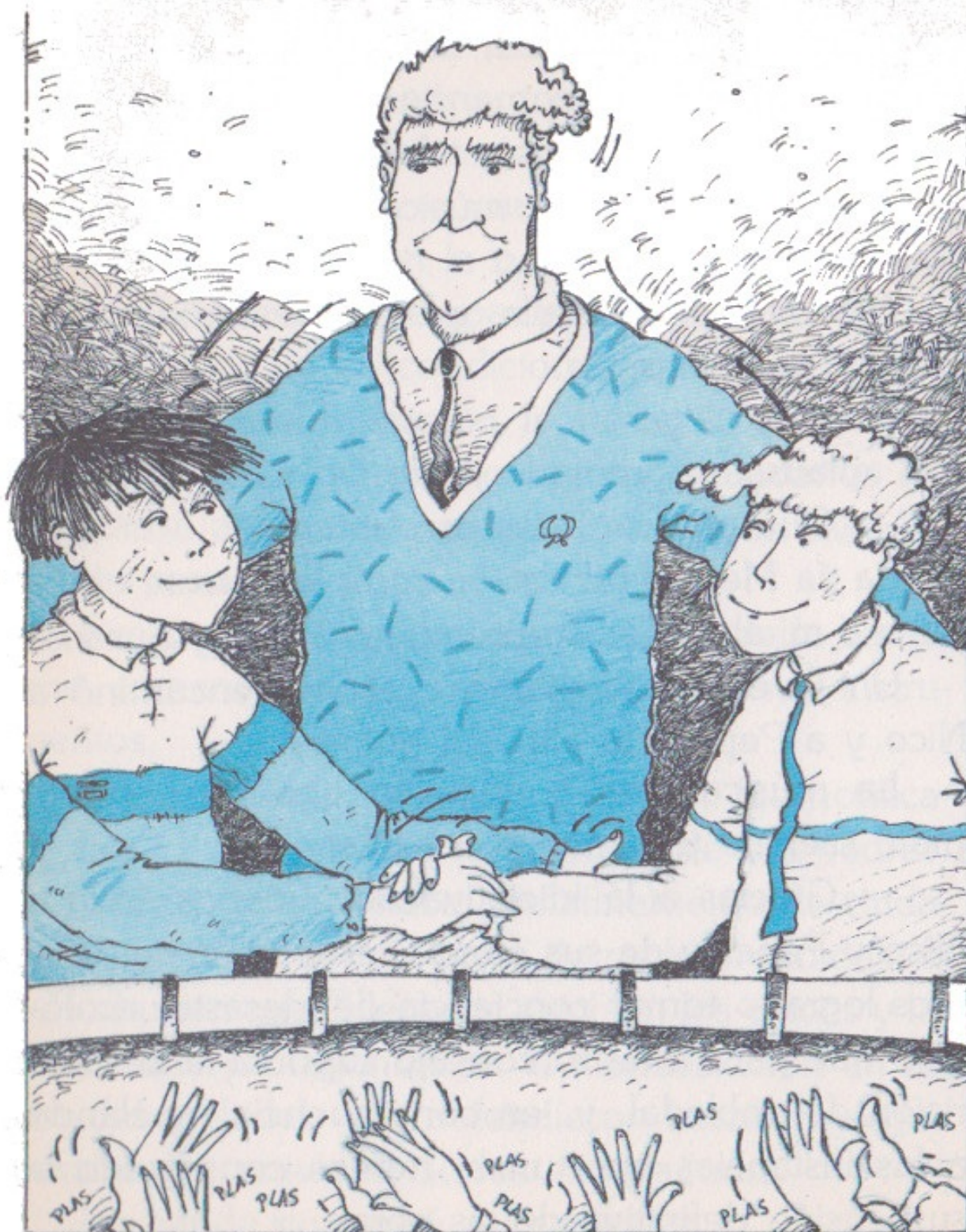
La tía Merceditas estaba completamente alucinada y miraba a las sorprendidas María y Susana.

Un joven se aproximó a ellos y encaminó a Nico y a Pepe a lo alto del quiosco.

La música cesó y el joven que los condujo pidió silencio y comenzó a hablar:

—«Gracias a la iniciativa de nuestros amigos Nico y Pepe, y de sus compañeros y

amigos, hemos logrado tomar conciencia del desastre ecológico que para nuestro concejo suponía la desaparición del robledal, y, en consecuencia, apelando a las instancias oportunas, hemos conseguido la suspensión definitiva de las obras...»



Los gritos y los aplausos apagaron las palabras del orador, que prosiguió al hacerse el silencio:

«... El conjunto de ciudadanos amantes de la naturaleza y de su tierra, y como reconocimiento a vuestra acción, os entrega, para vuestro disfrute, este recuerdo...»

La banda de música comenzó de nuevo a tocar, mientras de una furgoneta sacaban dos flamantes bicicletas de carrera que colocaron junto a los dos amigos.

La música proseguía entre aplausos y gritos de júbilo, mientras Nico y Pepe contemplaban y acariciaban sus relucientes bicicletas.

Una gaviota volaba sobre el parque, y la música de la banda, llevada por un viento suave, se adentraba hacia el bosque de robles y se perdía en la mar.

Autor

JOSÉ MANUEL BRIONES publicó sus primeros libros para niños en los años cincuenta. A partir de entonces y hasta 1982 ha permanecido en silencio, seguramente inventando nuevas historias, como la de Nico.